



S. MARCELINO
Y COMPAÑEROS MRTS.

AÑO CRISTIANO

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.



JUNIO.

DIA PRIMERO

**SAN PANFILO PRESBITERO, Y SUS COMPAÑEROS
MARTIRES.**

San Pánfilo, presbítero y mártir, hombre de admirable santidad y sabiduría, como se explica el Martirologio romano, nació en Berito de la Fenicia, siendo su casa una de las mas distinguidas de la provincia. Eran sus padres cristianos, y pusieron el mayor cuidado en darle una educacion cristiana. La vivacidad y la singular penetracion de su ingenio no esperaron para darse á conocer los regulares terminos de la edad; dejáronse ya distinguir desde los mismos balbucientes indicios de la infancia. Apenas tenia dos ó tres años, y ya brillaba su extraordinaria agudeza; oíanse con admiracion sus discursos, sus gracias y sus prontitudes; pero se admiraba mas su bella indole, y aquella como nativa disposicion que mostraba para todo lo que era virtud y religion.

Después de haber dado principio á los estudios en su país, pasó á perfeccionarse en ellos á Alejandria de Egipto, teatro donde florecian á la sazón todas las escuelas cristianas. Necesariamente habia de hacer grandes progresos en las letras un ingenio tan vivo, tan dócil y tan brillante, acompañado de costumbres tan arregladas y tan puras. Adelantó tanto en las letras humanas, singularmente en la retórica, que Eusebio Cesariense, que le tenia bien conocido, asegura fué uno de los varones mas elocuentes de su siglo. Aprendió la filosofía bajo el magisterio del santo presbítero *san Pedro Pierio*, esclarecido mártir, reputado por uno de los hombres mas sabios de su tiempo, cuya vasta y universal erudición le mereció el renombre del segundo Orígenes, ó de *Orígenes el mozo*.

De Alejandria pasó Pánfilo á Cesaréa, acompañado del alto concepto que se habia merecido por su ingenio, por su literatura y por su virtud; y en breves dias fué la veneración de toda la ciudad. Elevóle su mérito á los mayores empleos, y en todos dió tantas muestras de su capacidad y de su rectitud, que se levantó con el aplauso y con el amor universal; pero todas las floridas esperanzas con que le lisonjeaba su nobleza, sus talentos y su mérito singular no fueron bastantes para tentar jamás aquel piadoso y aquel desengañado corazón. Como tenia tan conocida la vanidad de los honores del mundo y de los bienes caducos de la tierra, nunca se dejó deslumbrar de su brillante apariencia; y habiendo repartido entre los pobres gran parte de su patrimonio, abrazó el estado eclesiástico, siendo en breve tiempo no solo el ornamento, sino el ejemplo de la clerecía.

Conociendo muy bien lo mucho que Pánfilo valia, Agapio, obispo de Cesaréa, no quiso que aquella antorcha se mantuviese escondida debajo del celemin. Confióle los primeros órdenes sagrados, y sin dar

oidos á las representaciones de su humildad, le elevó á la alta dignidad del sacerdocio. Como entró en él con tan santas disposiciones, á pocos dias fué las delicias de aquella iglesia por su eminente virtud y por su profunda sabiduría. Era su vida un ejercicio perpetuo de todas las virtudes; sobre todo, su humildad y su caridad fueron verdaderamente extraordinarias. Dedicaba todos sus desvelos al socorro de los pobres, no solo con las limosnas propias, sino con las muchas que les agenciaba, añadiendo á ellas el emplearse personalmente en su servicio; y en medio de eso decia que era el siervo mas inútil del mundo.

Luego que se vió en el estado eclesiástico se entregó enteramente al estudio de la sagrada Escritura, aplicándose únicamente á instruirse bien en la ciencia de la religion. Por el ardiente amor que profesaba á las letras se aplicó á juntar en Cesaréa una numerosa biblioteca, enriquecida con las obras mas excelentes de los autores antiguos, para facilitar á todos el medio de hacerse sabios, aprontándoles armas con que refutar las herejias. Conocióse muy presto la utilidad de tan piadoso pensamiento; pudiéndose decir que á los desvelos de nuestro santo debe la Iglesia el no haberse perdido la noticia de su antigua historia eclesiástica. Entre los otros libros de los sabios que procuró juntar fueron las obras de Orígenes, copiando él mismo por su mano algunos tratados de este autor, que á la sazón todavia era tenido por católico; y san Jerónimo hacia tan alto concepto de san Pánfilo, profesándole al mismo tiempo tanta veneración, que, habiendo recobrado el ejemplar sobre los doce profetas menores que el santo habia copiado por su puño, le conservó con tanta estimación y cuidado, segun la frase del mismo santo Doctor, como si fueran los tesoros de Creso; porque cada rasgo del manuscrito se le represen-

4
 taba escrito con la sangre de un ilustrísimo mártir.

El mismo deseo que tenia de desterrar la ignorancia de la clerecía, y de enamorarla de los estudios eclesiásticos, le motivó á enseñarlos por sí mismo, abriendo escuela pública en Cesaréa, y dictando á sus oyentes lecciones de sagrada teología; pero cortó todos estos santos ejercicios la persecucion de la Iglesia, que habia casi cinco años hacia lastimosos estragos en el Oriente.

Resueltos los emperadores Diocleciano y Maximiano á exterminar del mundo á todos los cristianos, llegó á tanto su persecucion, que no les era lícito comprar, vender, traer agua, moler trigo; en fin, dar paso alguno de los mas necesarios para conservar la vida, sin haber ofrecido antes incienso á unos idolillos que estaban colocados en las calles, en los mereados, en las plazas y en todos los lugares públicos donde se ejercitaba algun comercio. Luego que dieron la paz al imperio, derrotando sus enemigos, solo pensaron en hacer la guerra á la Iglesia. Resolvióse la persecucion en Roma por decreto del senado; y confirmada por un edicto general de los emperadores los años de 302 y 303, fué, por decirlo así, como un diluvio de sangre que anegó á todo el universo. Asegúrase que en solo Egipto se contaron mas de ciento y cuarenta y cuatro mil mártires, y setecientos mil desterrados. El año 304 fué creado César Maximino, por sobrenombre Daja, y su crueldad contra los cristianos hizo tantos excesos al emperador Maximiano, que sus ministros y oficiales, distribuidos en las provincias del imperio, no le podian hacer mayor lisonja que sugerirle nuevos géneros de suplicios, inventados para atormentar á los fieles de su jurisdiccion, corriendo rios de sangre por las ciudades y por las provincias.

Dió el gobierno de la Palestina á Urbano, creatura

suya, quien desde luego se persuadió haria el mayor servicio, y daria el mas alegre gusto al tirano, si mandaba prender al presbítero Pánfilo, reputado por hombre extraordinario, y por uno de los principales maestros que veneraban los cristianos. Esta misma reputacion le excitó la curiosidad de verle y de tratarle; y haciéndole venir á su presencia, conoció de cuánta importancia seria ganar á un hombre de aquel concepto y de aquel mérito, por lo que no perdonó medio alguno para pervertirle; promesas, amenazas, lisonjas, tormentos; pero todo inútilmente. La constancia de Pánfilo llenó de asombro al tirano; mas el tirano se lisonjeó de que á fuerza de tormentos lograria debilitar por lo menos la constancia de Pánfilo. Mandó que le despedazasen el cuerpo con uñas de hierro; y se ejecutó la orden con tanta crueldad, que hasta el tirano mismo se horrorizó. Hízose una sola llaga todo el cuerpo del mártir, descubriéronse todos los huesos, y solo de milagro pudo vivir. Volvióse á la cárcel para repetirse el mismo suplicio dentro de pocos dias; pero habiendo perdido Urbano la gracia del emperador, y con ella la cabeza, Firmiliano, que le sucedió, no se dió priesa por quitarle la vida al santo mártir. Estuvo dos años en la cárcel, permitiéndolo así la divina Providencia para consuelo de muchos ilustres confesores que confirmó en la fe, y para enseñanza y salvacion de gran número de fieles. Dejósele libertad para hablar á sus amigos, y se aprovechó de ella para la conversion de muchas almas; porque el glorioso título de confesor de Jesucristo daba nuevo lustre á su virtud, y añadía mucha eficacia á su zelo.

Habia cerca de dos años que estaba detenido en la prision, cuando volvieron de Cilicia cinco cristianos, naturales de Egipto, que habian conducido á algunos confesores condenados á las minas, y estos dieron

ocasion al gobernador Firmiliano para poner en la cabeza de Panfilo la corona del martirio. Luego que los cinco egipcianos entraron en Cesaréa se declararon por cristianos, y en el mismo punto fueron llevados á la cárcel, donde mostraron indecible gozo por encontrar en ella á Pánfilo; lo que sabido por el gobernador, mandó que así este como los cinco extranjeros compareciesen en su presencia.

Preguntó á estos de dónde eran, y cuál era su patria. Respondió el mas jóven : todos somos cristianos, y los cristianos no tenemos otra patria que la Jesusalen celestial, á la que esperamos arribar presto por medio del martirio. Aturdido el gobernador con esta respuesta, mandó que á todos seis les quitasen la vida.

Oyó pronunciar esta sentencia un muchacho de diez y ocho años, criado de san Pánfilo, que se llamaba Porfirio, y pidió licencia en alta voz para enterar los cuerpos de los mártires; por lo que allí mismo fué arrestado. Preguntóle el gobernador si era cristiano; y le respondió que solo era catecúmeno; pero que esperaba merecer la dicha de bautizarse en su misma sangre, la que estaba pronto á derramar por la fe de Jesucristo. Enfurecido Firmiliano al oír tan intrépida respuesta, mandó á los verdugos que le atormentasen sin piedad, si en aquel mismo punto no sacrificaba á los dioses; y negándose resueltamente á hacerlo con una fortaleza que asombró á los circunstantes, fueron despedazadas sus carnes hasta que se le descubrieron los huesos. Duró largo tiempo este suplicio, y le sufrió Porfirio sin exhalar una sola queja. Su paciencia apuró la del gobernador, y mandó que fuese quemado vivo á fuego lento; lo que así se ejecutó, habiendo llegado el primero á la corona el que fué el último para entrar en el combate. Bañóse su semblante de una celestial alegría, y solo abrió la

boca para pronunciar el nombre de Jesus, cuando vió que se acercaban las llamas para sofocarle.

Inmediatamente pasó á la cárcel un cristiano de Capadocia, llamado Seleuco, á dar á san Pánfilo la alegre noticia del martirio de san Porfirio; y como saludase con beso de paz á uno de los mártires, allí mismo fué preso por cristiano, y sentenciado á perder la cabeza por el cuchillo; lo que se ejecutó al instante.

Parece que el martirio de san Pánfilo franqueaba aquel dia la puerta del cielo mas que lo ordinario, porque á Seleuco siguió luego Teódulo, viejo venerable y criado antiguo del gobernador, que le estimaba mas que á los otros familiares suyos por su bondad y por su mucha prudencia. No se puede ponderar la cólera de Firmiliano cuando se le presentaron como delincuente, y su delito fué el mismo de Seleuco, abrazar á un santo mártir. Condenóle su amo á morir como el Salvador enclavado en una cruz, que era el suplicio de los esclavos. Y cansado el gobernador con la constancia de todos aquellos generosos mártires, hizo que le trajesen á san Pánfilo con otros dos ilustres confesores de Jesucristo, Valente, diácono de la iglesia de Elia, y Paulo, natural de Jamnia, hombre de mucha virtud. Informado de que todos tres habian sido atormentados en tiempo de su antecesor; y conociendo bien por su aire, por su alegría y por su serenidad, que perderia el tiempo en volver á tentarlos para que sacrificasen á los idolos, lo que solo serviria para exponer á nueva confusion su autoridad, los condenó á que les cortasen la cabeza. Al mismo tiempo de la ejecucion entró en Cesaréa un jóven de Capadocia, llamado Julian, cuya virtud, cuya fe y cuyo zelo eran ya muy conocidos. Antes de entrar en la ciudad tuvo noticia de lo que pasaba en ella, y corriendo prontamente para ser testigo del combate de los mártires, halló ya sus cadáveres tendidos en el suelo; abalan-

zóse á ellos, abrazólos y besólos con tan santa intrepidez, que aturdió á los mismos paganos. Prendieronle allí mismo, y le llevaron delante de Firmiliano, que, colérico y rabioso al ver que los mas crueles tormentos solo servian para encender mas el fervor de los cristianos, mandó que luego le quemasen vivo á fuego lento, como á san Porfirio, y fué el duodécimo que consiguió la corona del martirio en este mismo dia primero de junio de 309. Cuatro dias y cuatro noches estuvieron expuestos de orden del gobernador los santos cuerpos para que las fieras los despedazasen; pero ninguna se llegó á ellos en todo este tiempo; y á vista de tan clara proteccion del cielo se concedió libertad á los fieles para que los retirasen y les diesen sepultura.

SAN SEGUNDO, OBISPO Y MARTIR.

Entre los siete obispos enviados á España por los príncipes del colegio apostólico san Pedro y san Pablo, con el objeto de que predicasen en ella el Evangelio, reconoce la nacion, por una tradicion constante autorizada, á san Segundo por uno de ellos. Bien que no se saben, ni su origen ni los hechos de su infancia y juventud; mas sí se conocen las tareas laudables de su apostolado en España.

Llegaron á la ciudad de Guadix (llamada Acci en la antigüedad) Torquato, Cesifón, Indalecio, Cecilio, y Eufasio con nuestro santo; y separándose desde allí por diferentes partes del reino á satisfacer el designio de su mision apostólica, aunque los mas se quedaron en varias provincias de la Bética ó Andalucía, encendido Segundo en vivísimos deseos de llevar la fe á regiones mas distantes, partió á la ciudad de

Avila, sembrando en todos los pueblos, por donde hizo tránsito, la semilla del Evangelio sin temor del poder de los paganos. Entró en Avila, donde se puede decir que estaba por desmontar la viña del Señor, y halló un dilatado campo para su cultivo en la multitud de gentiles que vivian en mil gróseros errores y en una espantosa corruptela de costumbres; en una palabra, envueltos en las miserables sombras de la muerte, y preocupados con las falaces supersticiones que adoptaban los idólatras. Principió su mision con tanto espíritu, y trabajó con tanta felicidad, que en poco tiempo floreció la religion cristiana entre aquellos naturales; y estableció la piedad en toda la comarca, de manera que parecia no dejar mas que desear á su zelo.

Sirvieron maravillosamente para dar á su predicacion mayor eficacia la confirmacion de su doctrina con repetidos milagros, su admirable paciencia, y desinterés apostólico. Con su afabilidad y dulzura conquistaba los corazones; y haciéndose todo de todos, á todos ganaba para Jesucristo.

Reducidos al conocimiento del verdadero Dios no pocos infieles, estimó Segundo por precisa la ereccion de un templo segun la costumbre de aquellos primitivos siglos, el que construyó efectivamente cerca del rio Avilés, llamado Aduja, ó Guaduja en tiempo de los Arabes, donde haciendo los oficios de pastor y maestro, celebraba con los fieles las preces públicas, los oficios y sacrificios divinos, conforme á la enseñanza litúrgica que hubo de los Apóstoles, fomentando aquella iglesia á expensas de su zelo infatigable hasta ponerla en la constitucion mas ventajosa.

En el cultivo de aquella recién plantada viña continuó Segundo algunos años, como uno de los mas activos operarios del padre de familias; pero ofendi-

dos los gentiles de las grandes conquistas que diariamente hacia para Jesucristo, de los muchos paganos que se convertian á la religion, desengañados con la predicacion del santo obispo, en la cruel persecucion que suscitó el impio Neron contra la Iglesia, le hicieron padecer los mas exquisitos tormentos por defensa de la fe, logrando por este medio la corona del martirio por los años 90 de nuestra era; y aunque no nos constan los géneros de tormentos de que se valieron para rendir á este eminente cedro, brillante en el libano de la iglesia de España en los principios de su conquista para Jesucristo, se creen serian los mas crueles, siguiendo el sistema de los tiranos, los cuales se cebaban con superior saña en las cabezas de los fieles, lisonjeándose de serles mas fácil reducir á aquellos al sacrilego culto de sus falsos dioses, con el escarmiento de las muertes inhumanas de sus pastores.

Despues que el bienaventurado obispo triunfó de los esfuerzos de los gentiles, depositaron los fieles sus reliquias en un sepulcro de mármol, habidas en grande veneracion despues que gozó de paz la Iglesia, y en todo el tiempo que se mantuvieron los Godos en España, hasta la irrupcion de los Arabes, en la que temerosos los Cristianos de que cayesen en poder de los bárbaros, las ocultaron en la iglesia de San Sebastian, donde se mantuvieron incógnitas muchos siglos, hasta que se dignó el Señor manifestar tan precioso tesoro en el año 1519, reinando en España Carlos I, en la cátedra apostólica Leon X, siendo obispo de Avila Don Francisco Ruiz.

Intentó la cofradía de San Segundo, fundada muchos años habia en la dicha iglesia de San Sebastian, abrir comunicacion entre las capillas colaterales y la mayor; y derribando para este efecto los operarios la pared de la siniestra, uno de ellos llamado Fran-

cisco Arroyo encontró un sepulcro de mármol en el cóncavo de la misma pared, quien logró milagrosamente la curacion de una hernia que padecia, con solo invocar la proteccion del santo obispo. Apenas supieron los ciudadanos la invencion tan deseada de aquel tesoro, que por tradicion sabian estar en el mismo templo, aunque ignoraban el sitio; llenos todos de placer y júbilo concurrieron con la justicia secular y eclesiástica á la inspeccion que determinaron se hiciese, y abierta el arca del depósito á vista de todo el pueblo, se hallaron integros los huesos de un cuerpo humano, con las cenizas que denotaban ser la resolución de su carne, un bulto á la parte superior de la cabeza en forma de mitra, un cáliz, patena y anillo, en el que estaban grabadas unas letras que decian: *San Segundo*.

No quedó duda á los de Avila en vista de estos indicios, y del suave olor que despedian las reliquias, ser las de su santo pastor, las cuales mantuvieron descubiertas algunos dias, con la custodia correspondiente, para satisfacer la devocion de los ciudadanos y diocesanos que concurrieron á tributarle la veneracion debida. Quiso el obispo trasladarlas á la catedral; pero habiéndose opuesto la ciudad, el rector de la iglesia de San Sebastian y la cofradía de San Segundo, patrona del templo, se conviniéron por entonces, interin se decidia jurídicamente la controversia, en que se transfiriese á la catedral el cáliz con el anillo, y quedase el resto de las reliquias inclusas en la misma arca que se hallaron, en la iglesia de San Sebastian, donde puestas á la veneracion pública, se dignó el Señor obrar muchos milagros por la intercesion de su siervo en favor de los concurrentes á visitar su sepulcro.

Casi setenta y cinco años se mantuvieron en la forma dicha hasta el de 1594, en que hallándose

obispo de Avila Don Jerónimo Manriquez de Lara, inquisidor general de España, por la grande devocion que profesaba al santo, solicitó con el mayor empeño se trasladasen á la catedral, bajo el supuesto de su mayor decencia y proporcion para que los fieles las venerasen. Hizo uso del breve apostólico concedido para el mismo efecto á su predecesor Don Francisco Ruiz por la Santidad de Leon X, dado en Roma á 26 de febrero de 1520, en el año sétimo de su pontificado, pudiendo conseguir del rey Felipe II el que escribiese á la ciudad, al rector de la iglesia dicha y á la cofradía del santo, para que condescudiesen con los deseos de su zeloso obispo. Convencidos todos del justo motivo que le animaba, concurrieron con las demostraciones mas festivas á la traslacion apetecida, que se hizo con la mayor solemnidad el día 11 de setiembre del año 1594 á la capilla magnífica, erigida en honor del santo en la misma catedral con las donaciones correspondientes, donde se le tributa el obsequio y veneracion debida. En el antiguo sepulcro pusieron una inscripcion para que así constase en lo sucesivo, qué reliquias en él se guardaban.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, san Juvencio, mártir. En Cesarea de Palestina, san Pánfilo, presbítero y mártir, hombre de admirable santidad y doctrina, quien, durante la persecucion de Galerio Maximiano, bajo el poder del presidente Urbano, fué atormentado y puesto en la cárcel por la fe de Jesucristo; habiendo sido de nuevo atormentado bajo Firmiliano, consumó su martirio en compañía de otros. Tambien padecieron por el mismo tiempo el diácono Valente, Paulo y otros nueve, de quienes se hace conmemoracion en otros dias.

En Autun, los santos Reveriano, obispo, y Paulo, presbítero, con otros diez que recibieron la corona del martirio bajo el emperador Aureliano.

En Capadocia, san Terpeso, mártir, que, en tiempo del emperador Alejandro y el prefecto Simplicio, despues de otros tormentos fué decapitado.

En Egipto, los santos mártires Isquirion, comandante de tropa, con otros cinco militares, á quienes bajo el emperador Diocleciano quitaron la vida por la fe de Jesucristo con diferentes géneros de muerte.

Además, san Firmo, mártir, el cual, durante la persecucion de Maximiano, fué cruelmente atormentado, apedreado, y por último decapitado.

En Perusa, los santos mártires Felino y Gratiniano, militares, que, despues de haber padecido diferentes tormentos en tiempo de Decio, alcanzaron la palma del martirio con una gloriosa muerte.

En Bolonia, san Próculo, mártir, que padeció bajo el emperador Maximiano.

En Amelia, san Segundo, mártir, que, arrojado al Tibre bajo Diocleciano, consumó en las aguas su martirio.

En Cista del Castillo de Umbria, san Crescencio, soldado romano, que recibió la corona del martirio en tiempo del mismo emperador.

En Umbria, san Fortunato, presbítero, ilustre por sus virtudes y milagros.

En el monasterio de Lerins, san Capraiso, abad.

En Tréveris, san Simeon, mártir, puesto en el número de los santos por el papa Benedicto IX.

En Viena, san Claudio, obispo.

En Poytou, san Jovino, solitario.

En Auverna, san Mion, confesor, cuya vida fué un ejercicio continuo de mortificacion.

En Tesalónica, san Octavio, mártir.

En Antioquía, san Zózimo y santa Tecla, mártires.

En Africa, san Crispin, mártir.

Entre los Griegos, san Pirro, obispo.

En Búrgos de España, en el monasterio de Oña, san Inigo, abad, célebre por su santidad y milagros.

La misa es del comun de muchos mártires, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Philippini et sociorum ejus natalitia colere: da nobis in aeterna beatitudine de eorum societate gaudere. Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos concedes la gracia de que celebremos la festividad de tus bienaventurados mártires Pánfilo y sus compañeros; concédenos tambien la de que en su compañía gocemos la eterna bienaventuranza de la gloria. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5 del libro de la Sabiduría.

Justi autem in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum, et cogitatio illorum apud Altissimum. Ideo accipient regnum decoris, et diadema speciei de manu Domini: quoniam dextera sua teget eos, et brachio sancto suo defendet illos. Accipiet armaturam zelus illius, et armabit creaturam ad ultionem inimicorum. Inducet pro thorace justitiam, et accipiet pro galea judicium certum: sumet scutum inexpugnabile æquitatem.

Los justos vivirán perpetuamente; su premio está en el Señor, y su contemplacion en el Altísimo. Por tanto, recibirán el reino de la belleza y la diadema de la hermosura de mano del Señor; porque su diestra los cubrirá y defenderá con su santo brazo. El (Señor) tomará la armadura de su zelo, armará la criatura para vengarse de los enemigos; vestirá en lugar de cota la justicia; tomará por yelmo el juicio acertado, y por escudo inexpugnable la equidad.

NOTA.

« Se puede decir que el libro de la Sabiduría es una profética descripción de la cristiana filosofía, y un compendio de las verdades prácticas de nuestra religión. Prueba de esto es el capítulo quinto, de donde se sacó la epístola presente. No puede haber retrato mas vivo, mas expresivo ni mas natural de la felicidad de los justos, ni de la desgracia de los réprobos. »

REFLEXIONES.

El interés, el amor del deleite, de la gloria y de la vida son las grandes máquinas que ponen en movimiento nuestras operaciones. Queremos vivir, aspiramos á la holganza, y amamos todo lo que puede lisonjear el corazón y los sentidos. Los empleos mas elevados nunca se consideran desproporcionados á nuestros ambiciosos deseos. Todo está á nivel de un espíritu orgulloso y lleno de una ambicion desmedida. El hombre mas vil, el de mas cortos y limitados talentos se recrea dentro de su imaginacion con quiméricas ideas de no sé qué fantástica grandeza. Naturalmente se ama la vida, se aborrece la pobreza, y se huye la humillacion. ¿Cuándo aprenderán los hombres el secreto de vivir siempre, y siempre con prosperidad, con alegría y con gloria? Mucho tiempo ha que se anda en busca de este secreto; las guerras, los pleitos, los estudios, el comercio, los trabajos de la vida, todos se dirijen á encontrarle: ¡ tiempo perdido! ¡ fatiga inútil! El Sabio fué el que dió con este secreto, y los santos son los que convencen que le halló: *Justi in perpetuum vivent*: los santos vivirán eternamente; y Dios, único soberano bien y única fuente de todos los bienes, les tiene reservada su re-

compensa. Ni piensas que esta recompensa se limita únicamente á aquella paz, á aquella tranquilidad, á aquella alegría interior que gozan aun en esta vida los verdaderos hijos de Dios; recibirán en la otra de mano del Señor un reino admirable, una brillante diadema, rodeada del resplandor de la gloria. Grandes del mundo, esas coronas que adornan vuestras sienes son á lo mas unas hojas de laurel que se marchitan y se secan muchas veces antes que el sepulcro haya enterrado vuestra memoria y vuestro nombre. No así la suerte de los justos, no se marchita su corona; su dicha es eterna; jamás se fastidian; su saciedad renueva eternamente con nuevos gustos el delicioso apetito; nada altera su alegría, su tranquilidad ni su gozo. Cobijalos el Altísimo con su sombra, y cúbrelos con su divina diestra. ¿Qué puede temer, ni quién podrá dañar á quien logra tal abrigo? Defiéndelos el Señor con su poderoso brazo. Pues enfúezcase el infierno, conjúrese todo él contra los buenos; adversidades y persecuciones, todas son armas falsas, ruido, susto y nada mas. Defiende Dios á sus siervos, y no solo los libra su proteccion, sino que fomenta la inocencia, y produce la santidad: *Brachio sancto suo*. Extraña cosa es que no seamos mas sabios, despues que la Iglesia nos enseña estas verdades tan llenas de consuelo, revelándonos unos misterios tan colmados de felicidad. Desengañémonos, que solo en el servicio de Dios se hace fortuna; pero ¿quién es el que se apresura para hacerla por este camino? Mundanos, ¡qué lástima me causan vuestros desvarios! Pásase toda vuestra vida en servir á un amo imaginario, que al cabo se burla de vosotros. Pórque al fin, ¿qué es el mundo á quien servimos? ¿qué se adelanta en su servicio? ¿No son tambien muy dignos de compasion muchos que hacen profesion de virtuosos, muchos que viven en estado de

perfeccion, si sirven á Dios con desidia y negligencia? ¡Qué dicha, qué gloria la de servir á Dios!

El evangelio es del cap. 6 de san Lucas.

In illo tempore: Descendens Jesus de monte, stetit in loco campestri, et turba discipulorum ejus, et multitudo copiosa plebis ab omni Judea, et Jerusalem, et maritima, et Tyri, et Sidonis, qui venerant ut audirent eum, et sanarentur à languoribus suis. Et qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur. Et omnis turba quærebat eum tangere: quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes. Et ipse, elevatis oculis in discipulos suos, dicebat: Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei. Beati qui nunc esuritis, quia saturabimini. Beati qui nunc fletis, quia ridebitis. Beati eritis cum vos oderint homines, et cum separaverint vos, et exprobraverint, et ejecerint nomen vestrum tanquam malum propter Filium hominis. Gaudete in illa die, et exultate, ecce enim merces vestra multa est in celo.

En aquel tiempo: bajando Jesus del monte, se detuvo en el valle, y con él la comitiva de sus discipulos, y una copiosa multitud de pueblo de toda Judea, de Jerusalem, y del país marítimo de Tiro y de Sidon, que habian venido á oírle, y á ser curados de sus enfermedades. Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos, eran curados. Y toda la multitud queria tocarle; porque salia de él una virtud, y curaba a todos. Y él, levantando los ojos hácia sus discipulos, decia: Bienaventurados, ó pobres, porque es vuestro el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que llorais ahora, porque reiréis. Seréis bienaventurados cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os separaren, y os injuriaren, y despreciaren vuestro nombre como malo por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel dia, y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en el cielo.